

EL PANENTHEISMO.

Sr. D. Ramon de Campoamor.

Mi muy querido amigo: Hace ya muchos años, allá por los de 1836 y 37, arremetió usted con brío y pujanza á la democracia, y en honra de mis convicciones, me atreví á salir y á pelear. Hoy la acometida es no ménos briosa á la Filosofía racionalista, y por la misma razon, y (lo confieso) con el deseo de refrescar el espíritu recordando los juveniles empeños en que nos colocaban sus amistosas y benévolas réplicas, acudo tambien. Me propongo convencer á usted de que va más allá de lo justo, al escribir la elocuentísima invectiva que se lee en las lozanas y rientes páginas con que encabeza las *Dudas y tristezas* de nuestro amigo Revilla.

«Yo no he censurado con acrimonia, que toca ya en mofa, á las escuelas racionalistas; ántes, al contrario, con alabanza recuerdo á Fichte, á Schelling y á Hegel, y sólo guardo mis iras para Krause y sus sectarios.»—me replicará usted desde el primer punto. Así es el hecho; pero es el caso que no caben aquella indulgencia y esta severidad, y una ú otra huelga en el juicio de usted. Si Krause y sus sectarios merecen los duros calificativos que se escapan hirviendo de la acerada pluma de usted, con mayor razon deben caer sobre Schelling y Hegel, reos de mayores delitos, segun el Código que da usted por vigente; y de otro lado, al aconsejar al jóven poeta, de tal manera traza y sombrea usted el cuadro de la ciencia, y tan esplendente es el del arte que le opone, que resultan de uno y otro boceto cargos y censuras contra la ciencia, que permiten, y áun reclaman, rectificacion y rectificaciones.

Yo, á mi vez, no intento sacar á salvo de esta vehementísima impugnacion todos y cada uno de los principios, teorías, postulados y consecuencias de la escuela Krausista.—Por fortuna, ó por desgracia, no tengo hace muchos años otro maestro que el pensamiento general humano, estudiado libérrimamente por mi razon, y no me avengo á la disciplina de ninguna escuela, confesion ó secta, ni apetezco tampoco que nadie siga ó se encariñe con mis pensamientos.—Pensar, es tarea individual, y sólo el propio pensamiento mata el hambre de la inteligencia.

Pero en la escuela Krausista me eduqué, y tuve

por dicha un maestro, cuya memoria venero, y no quiero que pase, sin desagaviar su respetable nombre, la airada página que usted escribe, y que cae sobre la noble figura del que trajo á España y difundió entre nosotros las doctrinas de Krause.

Recordemos tambien que entre los discípulos del ilustre D. Julian Sanz del Rio se han declarado tendencias diversas y encontradas.—No hay ya escuela.—Van unos á un theismo racional y cristiano, propenden otros á un positivismo comedido y circunspeto; retroceden algunos, aguijoneados por la duda, á la Critica de la razon pura de Kant, tomando puerto y sagrado en ella, y esta diversidad de direcciones es muy propia del solícito afán con que el doctor Sanz del Rio procuraba despertar en toda inteligencia el sello característico, original é individualísimo, que acompaña al hombre.

Yo entiendo que la direccion que mejor cuadra al Krausismo, es la que representa el Baron Leonhardi en Alemania; opino que esa direccion religiosa y racionalista es pura, verdadera é hija legítima de la edad presente, y miro las reacciones Kantistas como miro todas las reacciones, y los embelesamientos positivistas, como rasgo fugaz, hijo de rápidos meteoros, que el griterío de las aulas, no una causa real, ha hecho brillar en nuestros horizontes.

Sanz del Rio tuvo principalmente en cuenta este carácter theista y religioso de la doctrina Krausista para propagarlo en España. Si la doctrina se hubiera limitado á una reproduccion Kantiana ó un ensayo Hegeliano, muy seguro estoy de que no hubiera atraído á aquella vigorosa inteligencia, y si, por desgracia, Sanz del Rio hubiera sido crítico ó escéptico, no hubiera enseñado que, por ley lógica y moral, no se puede enseñar el escepticismo; y si no se puede, claro es que no debe enseñarse.—Queda el alardear de escépticos para mozuelos que lloran las primeras dificultades de las aulas, ó los primeros desengaños de vanidades eróticas! El pensador serio y de conciencia, no enseña negaciones.—Kant aplicaba su magisterio á difundir las verdades afirmadas y reconocidas en su critica de la razon práctica.—El escéptico varonil, ó el que, sin llegar al abismo, se ve macerado y afligido por dudas y tristezas, sale por momentos del campo de la ciencia, y, como Revilla, va al de la poesia á llorar ó á reír sus dolores y placeres, á pintar con enérgico é íntimo *verbo* el estado de su alma, á reflejar su triste, audaz, calenturienta ó desesperada personalidad.

Sea usted justo. Reconozca y confiese en Sanz del Río al varón piadoso, recto, animado del afán de lo divino, de la amplitud y serenidad de criterios que resplandecen en su «Ideal de la Humanidad,» en su Discurso de apertura de 1857, y en las notas y ampliaciones de su traducción al compendio de Weber.—Repase un sencillo prospecto que escribió en 1837 sobre el racionalismo armónico, que yo publiqué en mis Estudios (1), y estoy muy seguro de que quedará usted prendado del cuadro y del pintor.

No llevo con paciencia la desatención y la injuria al ilustre profesor, y es á todas luces injusto lo que sobre su capacidad y merecimientos se ha escrito por sus detractores. Enamorado de la ciencia, como nádie; indulgente y tolerante con las opiniones ajenas, como no se ha visto ejemplar en esta España, en que corre por nuestras venas sangre musulímica oxigenada por la inquisición; severo y metódico en el raciocinio, como el matemático más cumplido; vigoroso en el exámen psicológico, de manera que comparados con él, parecen discreteos mujeriegos las observaciones de las escuelas escocesa y parisiense; analítico, con una prolifidad fecunda, que no había visto ántes, ni he vuelto á ver despues; abundante en intuiciones; original y conocedor por larga meditación de los afanes de la filosofía novísima, Sanz del Río es superior á todos los filósofos españoles y franceses de este siglo, y marcha á la par de Rosmini y Gioberti, los grandes pensadores de la Italia.

No peca el juicio por encomiástico. El paralelo, si lo formamos, agrandará aún más la noble figura de Sanz del Río, que no tiene hoy coronas literarias y monumentos; porque en España no cuidamos de semejantes cosas, preocupados todos con el afán de rebajar y ennegrecer á los demas.

—¿Es que escribía mal!—Hé aquí la acusación; la única, la mil veces repetida en verso y prosa, en discursos académicos y en gacetillas. ¡Escribía mal! ¡Oh! ¿Quién no escribe mal? Pero en mano «El Ideal de la Humanidad» y la Oración inaugural, se puede, sin cuidado ni temor, retar á que escriban mejor sobre aquellos temas, los más ó todos de los que censuraron á Sanz del Río.—Pero la *Análitica* es oscura... Si lo es, y nace esa oscuridad de que la *Análitica* no era un libro preparado para la estampa; era un programa de estudios para decorarlo y esclarecerlo, con explicaciones orales. Era un mero resúmen que guiaba la indagación. Los reiterados y enojosos ruegos de sus discípulos (y de ello me acuso), instancias de amigos que hubieran sido impertinentes si el propósito no los disculpaba, vencieron la natural repugnancia de Sanz del Río, que autorizó aquella

publicación hecha en una Revista, y coleccionada despues. ¡Cuántas veces me he arrepentido de haber contribuido con mis quejas y mis clamores á la publicación de la *Análitica*! ¡Cuántas veces he recordado, que conocía los tiempos y los gustos, el ilustre maestro, al resistir la impresión de un itinerario lógico, desnudo y árido, como una sucesión de problemas algebraicos, y que caía en el seno de una sociedad ávida de luz, de colores y de atrevimientos fraseológicos!

He ahí la base de la acusación. ¿Es bastante? Yo apelo á su conciencia de usted y me someto al fallo.

Es que ha formado escuela, se dice, en esto de escribir oscuro y enigmáticamente. No hay en esto escuela. El que escribe mal, es porque no es escritor; y el que escribe con oscuridad, es porque no sabe escribir clara, correcta y gallardamente. No es justo que carguen sobre Krause ó Sanz del Río las culpas de los que no manejamos la hermosa lengua de Castilla con la tersura y propiedad que es de desear en todo escrito. ¿Qué responsabilidad cabe al maestro de la insuficiencia ó escasas dotes literarias de los discípulos y admiradores?—No soy de los que creen que la lengua castellana es deficiente para los estudios filosóficos: creo tan sólo que es muy difícil dominarla y poseerla, y el propósito exige largos y pacientes afanes literarios y filológicos. Tampoco creo que la ciencia exija un lenguaje oscuro y plagado de neologismos. La precisión y la propiedad no andan reñidas con la claridad y las leyes gramaticales; creo tan sólo que el manejar el estilo didáctico, requiere un profundo conocimiento del idioma.

Descartemos, como se descartan de toda discusión grave, estas trivialidades, y no discutamos si los Krausistas escriben mejor ó peor y hablan culterana ó escolásticamente.—Si es cierto, lo que cumple es corregirlos, demostrando que lo que dicen en aljamiado, puede decirse en romance castizo y correcto.

¿Qué capítulos comprende la enérgica y apasionada acusación de usted? Uno muy principal campea á vueltas de muchas ingeniosidades que lo abrillantan, pero no lo razonan. Dejo á un lado lo de la leguminosa, porque el chiste no tiene otra gracia que la irreverencia científica, y llego á lo del *panenteismo*, que es sin duda lo que rompió los diques de su abundancia, desatándola en torrentes de calificativos y epifonemas, que llenan la parte más doctoral del escrito que tengo á la vista.

Es comenzar por lo último y hacer cuestión de lo accidental, del nombre dado á la cosa.—¿No es feliz el nombre? ¿Es de mala formación? Sea; abandonemos el nombre y pensemos en la cosa que con él se designa ó pretende explicar, y se encuentra usted frente á frente del problema más pavoroso que en-

(1) *Estudios sobre Filosofía*, etc. Madrid, 1872, pág. 150.

traña toda Teología racional, aborda usted el problema de las relaciones de Dios con el mundo y con el hombre.

Concedo que Krause se inspira históricamente en Schelling, y por tanto, usted me concederá que sigue la oleada del pensamiento moderno que levanta Fichte, y mira las cuestiones como aparecían planteadas en aquellos inolvidables decenios de nuestro siglo que no tienen semejante ni parecido, sino en los que ilustraron Sócrates, Platon y Aristóteles. La inspiración panteísta con éstas ó aquellas atenuaciones, domina en las escuelas que se originan de Schelling; pero en cambio, un deísmo, dualista, aristotélico, dominaba en todas las escuelas que seguían rumbos distintos y encontrados.

Usted lo sabe; la ciencia es unidad, y nada queda fuera del sistema ó del delicado y finísimo engranaje que relaciona la índole y la vida de todo lo que es y de cuanto existe. No va Dios fuera y lejos del mundo, en un eterno ensimismamiento en que lo inteligible y lo conocido se reproducen ó se iluminan en el punto en que se concentra lo posible de un futuro eterno. No rueda Dios tampoco en la palpación dinámica que inflama la vesícula germinativa que inicia el ascencimiento de la materia. ¡Ni panteísmo ni dualismo!—exclamaba en 1820 la conciencia humana,—y ese grito resuena en la conciencia de usted como lo escucho día y noche en el seno de mi conciencia.

Acometió Krause el problema, y el esfuerzo fué gigantesco; memorable, en tanto exista el pensamiento humano.

No lo resolvió,—me replicará usted.—Entendámonos, mi querido amigo, y de paso, rectifiquemos juicios y consejos que leo en su embelesador escrito.

La ciencia, de la cual procura alejar á nuestro querido Revilla, no es á los ojos de usted más que algo frío y escueto, semejante á una tabla de logaritmos. No quiero que nos disputemos el alma de Revilla, porque ha elegido usted ya el papel de Alice y no gusto del de Bertram; pero no es eso la ciencia.—Todas las facultades, todas las propiedades del espíritu, todas las cualidades y modos del ser y las variedades de la existencia, están en la ciencia como en rico panorama, inagotable por su fecundidad, infinito por su asunto, y escruta el filósofo lo consciente y lo que pasa y es en el mundo en que no vive, ó apenas se vislumbra la conciencia, y teje relaciones maravillosas entre los dinamismos que concretan la cristalización mineral, ó las sedas, terciopelos y blondas de la flora, con las sacudidas eléctricas del Océano y de la atmósfera; de la misma manera que sigue el sordo crecimiento de la pasión, ó mira extenderse las últimas y tenues ramificaciones del razonamiento que arraigan allá en lo infinito.

No es la ciencia la crítica de la Razon pura; ni un mero tratado de lógica subjetiva sujeta á la voluntariedad de un espíritu vagabundo. *Rerum humanarum et divinarumque cognitio*, decía hace siglos un sabio y santo filósofo español, definiendo la Filosofía y el conocimiento de lo divino, es árdua é inacabable empresa.—¿Cree usted que, á manera de resolución de un problema geométrico ó algebrámico, opinan los Krausistas, que en su doctrina está el alfa y la omega, el último término y la declaración última é inalterable de la verdad?—Cree usted que nadie imagina entre los Krausistas, que Krause escribió la última palabra de la ciencia, y que sólo nos cumple leer y respetar la Biblia filosófica que cayó de sus manos? Ningun filósofo piensa así, y mucho ménos un filósofo Krausista, que sabe que el libro está en la realidad de Dios, del espíritu y del mundo, y que ese libro se hojea y se consigue volver una página al cabo de largas edades, y son infinitas las que la verdad de Dios escribió en él!

No sé si Krause acertó en absoluto ni lo que en el futuro se dirá del pensamiento de Krause. No importa por el momento el tema. Lo que importa es descubrir en la ciencia contemporánea algo más razonado y cierto que lo señalado por Krause, como fin y objeto de la ciencia, en la grave cuestión teológica de que tratamos.

El nervio de la cuestión estriba en resolver en un exámen comparativo, de sistemas y doctrinas, si la tendencia y el rumbo señalado por Krause á la filosofía era seguro y racional, ó si, por el contrario, debíamos dejarnos ir por las corrientes del panteísmo ó detenernos confusos y perplejos ante la dualidad.—No por las palabras, no por enseñanzas concretas ó por rasgos parciales de Psicología ó de Lógica se juzgan los sistemas ó las escuelas, sino por los métodos generales, por la tendencia y finalidad que señalan á la vida y á la ciencia, por los derroteros que recomiendan y por las exploraciones que inician en el campo del saber. La armonía de todo, causada por la unidad que abarca todas las oposiciones y el estudio y demostración del vínculo interno que enlaza y relaciona lo vario, impidiendo que traspase la resultante de las fuerzas de unidad y variedad que actúan en todo lo que es, son cánones que no olvidará ya la ciencia, y á Krause se deben.

Es un caso de filosofía comparada, y crea usted, que el procedimiento que imaginó Mr. de Gerando, no es ménos fecundo para la teología, que para las lenguas y las literaturas.

El empeño de recordar verdades cristianas, enseñanzas de San Agustín, San Clemente Alejandrino, San Anselmo, etc., etc., y las mejores y más puras doctrinas del realismo teológicas para esclarecer cómo en Dios nos movemos, vivimos y somos, y en

su esencia están todas las cosas, no merecía los durísimos calificativos que usted estampa, mi querido amigo, en un momento de pasión política quizá, y por tanto en un momento desgraciado.

Krause... ó si usted quiere, dejemos á Krause, para considerar esta verdad de que *en Dios somos* y en su esencia están todas las cosas, verdad admirable y profunda, debida, como cuantas abarca la Teología racionalista, á la inspiración del cristianismo. Bien sabe Dios, y usted también, que no por habilidad retórica, ni para impresionar á usted, recuerdo esas armonías cristianas, sino porque son las intuiciones que iluminan la Teología del racionalismo armónico. Siempre se ha reconocido así por los Krausistas, y lo expusieron en cuantas ocasiones hubo empeño en tildarlos de panteístas. Recuerde usted una muy reñida controversia (hace ya doce años) sostenida por nuestro elocuentísimo y hábil polemista Moreno Nieto (cuya ciencia y cuya palabra crecen con los años con vigor admirable), y ya entonces se señalaba este tema al estudio y á la atención de los contradictores rectos y bien intencionados.

Resulta que no se tienen por panteístas; ántes bien, rechazan el dictado; resulta que huyendo del dualismo, buscan en el *In Deo sumus* del cristianismo, la luz y la inspiración para conocer el lazo, el vínculo, la relación que une á Dios, al hombre y al mundo, para poder mostrar á la razón, la Providencia y la Personalidad del Sér Supremo.

Yo defendiendo esta tendencia; mas, la creo felicísima, salvadora, en las crisis actuales de la razón religiosa, en los tristes días que corren para el sentimiento religioso; la creo superior á las tentativas teológicas de Schelling y de Hegel, áun comprendiendo los novísimos ensayos del ilustre Vera; la juzgo potentísima, contra escépticos y neo Kantistas, y por ella estoy muy dispuesto á discutir con usted, sin que me pare el bellissimo alarde de juventud, brillo y lozanía que circula por las ingeniosas frases de su aplaudido escrito.

Lleve usted entendido que no digo más ni menos que lo escrito.—«Yo defendiendo esa tendencia... sigo esa inspiración general.»—Ahora, como siempre, reivindicó la libertad de mi razón, para corregir y enmendar (quizá desluciendo y empeorando el pensamiento de la escuela), lo que no se ajuste á la misma tendencia y á la misma inspiración.

¿Le sorprende á usted la doctrina de que lo inteligible no es otra cosa que la verdad, y la verdad no es más que el sér? ¿Le extraña á usted que se diga que los universales, los géneros, las especies, son grados de perfección que están en Dios y son Dios mismo, mostrándose en su infinita verdad, y que al considerar lo universal, lo necesario ó inmutable, consideráramos inmediatamente al Sér Supremo? ¿Por

qué esa excitación nerviosa contra la afirmación Krausista, consistente en repetir: «veo en Dios todas las cosas, y por que son en Dios las conozco?»

Dios es verdaderamente en sí todo lo que hay de real y positivo en los *espíritus*, todo lo que hay de real y positivo en los *cuerpos*; todo lo que hay de real y positivo en las esencias de *todas las criaturas posibles*, y de las cuales no tenemos idea precisa.—Es de tal manera el sér todo, que en él está, el ser de cada una de sus criaturas, separando el límite que las restringe—Dios es el sér, no limitado por ninguna especie: ni es espíritu ni cuerpo, ni cuerpo ni espíritu...

No continúo: estas frases de pronunciado saber Krausista le molestan á usted sin duda, y no quiero causarle ni hoy ni nunca la menor molestia.—Pero si advierto que no son de Krause ni de ninguno de sus discípulos, sino de un sabio, elocuentísimo, y venerado escritor católico apostólico y romano.—¿Le parecen á usted ya mejor? ¿No saben ya á *panteísmo*? Pues dudo mucho, mi querido amigo, encuentre usted en los Krausistas enseñanzas más claras y precisas, respecto á ser las cosas en Dios, que en esas atrevidas conclusiones del Doctor católico, á quien copiaba.

Desechemos, mi buen amigo, preocupaciones, y venzamos antipatías á nombres y á cosas, que en estudios, ni lo uno, ni lo otro tienen entrada.—Libertad, simpática y respetuosa atención para las doctrinas, exige la ciencia; eterna juventud en el alma, es lo que pide el estudio de la filosofía; y la juventud es amor, benevolencia, entusiasmo, glorificación espontánea que sube ardiente y abrasadora del corazón, para todo lo bueno, lo verdadero y lo bello.—¿Cómo usted, que contra la edad, y á pesar de los años, ha conseguido perpetuar en su alma la frescura y lozanía de la juventud, por haber conservado vivo el sentimiento, y pronto el amor, incurre en el extravío hipocondriaco de pintar la ciencia de modo que espanta, y de retocar el cuadro del arte con colorines anacrénticos, para seducir á Revilla? — ¡Religion, ciencia, arte, no son cosas opuestas y encontradas!... pero me canso y temo cansar á usted prosiguiendo mi carta.

Discutiremos, si lo cree usted oportuno. Dispuesto estoy á dar de mano á mis Estudios platónicos para discurrir sobre la teología del Krausismo. Usted decidirá. Lo indiscutible para usted y para mí es la cariñosa amistad que nos hermana hace años, y en testimonio de la que le B. L. M.

F. DE P. CANALEJAS.